

Una criatura extraña

Gisela Posada

La poesía por esos días andaba en la cabeza. La habíamos encontrado como la respuesta a todo. Al afán desmedido y loco de la gente, a sus ansias de dinero, a la utilidad y a ese llamado molesto de “ser alguien”. Por fin algo como el nadaísmo había aparecido y nos llegó por vía directa a la sangre. El entusiasmo creció al saber que en el restaurante Versalles de Medellín encontraríamos sentado, en su silla de ruedas, al poeta. Todo mundo y, en especial, los guecos literarios hablaban de él.

Quienes podían acercársele y sostener una conversación con él lo consideraban toda una proeza. Cuando lo vi por primera vez, con ojos jóvenes y uniforme de colegiala, no podía creer, ni siquiera sospechaba que los poetas existieran, que eran de carne y hueso. Había alguien que no se dedicaba a ser zapatero, comerciante, mafioso, maestro, abogado, conductor o jefe; había alguien que había decidido ser y vivir como poeta. ¿De qué vive un poeta? Pues de la poesía, ese lucro cesante que no tiene más interés que el propio, que no tiene más validez que el tamiz de sí mismo y solo alcanza el nivel de la buena poesía cuando se instala con voz propia en el desorden de las palabras.

Darío Lemos tenía un aspecto complejo, un aire de hombre por fuera de las taxonomías. Verlo era darse cuenta de que al frente había una criatura extraña, de ojos ahuecados y profundos, voz áspera, cuerpo delgado, y sus piernas vestidas con pantalón de señor serio, sin zapatos y en medias. De dientes descuidados y la nariz larga. Ante él las palabras eran inútiles. Intentar un diálogo, im-

posible. Con él la contemplación y el silencio eran una regla tácita. Alguna vez le escuché decir, “encontrémonos para que callemos”.

En medio de las osadías escolares, un día que no tenía dónde dormir resolví llevármelo para mi casa en Manrique: la casa de mis padres donde vivíamos siete personas. Lo cubrí con una cobija naranjada para el ingreso en su silla de ruedas por el corredor, como si estuviera entrando un electrodoméstico de segunda, y lo escondí en la última pieza, ubicada al lado del patio de ropas, lejos del corredor principal y de la circulación de los habitantes de la casa. Entre una hermana mía y yo le dimos lecho y comida, y hasta lo entretuvimos cantándole canciones de la nueva trova cubana. Estuvo allí por tres días hasta que mi mamá se dio cuenta y arremetió con su escándalo. Tuvimos que decirle que se trataba de un acto de caridad para ver si así lográbamos algo de compasión, pero el rumor de que Darío tenía tuberculosis pudo más que la fe. Hubo que salir con él de nuevo a la calle, sin techo ni refugio en la noche inminente.

Santa Elena fue su última morada. Una casita de bareque antigua y misteriosa que mi hermana Sarah había alquilado, y en la que estuvimos algunos jóvenes custodiando sus últimos días. En el cuarto exterior se quedó Darío, quieto y mudo como era de rigor. Su cuerpo reposaba en una cama pequeña sin barandas al lado de la pared, a mano conservaba un fogón y una olla con agua en la que hacía papas cocidas y huevos. Esa era su sencilla dieta de convaleciente. Ah, y la marihuana, que según él era una legumbre. Le



Mural *Jardín de cuidanderas*. Laboratoria Gráfica Comunitaria. Exteriores de la Estación Doce de octubre del Metrocable Picacho - Línea P. El flaco, Daniela Arteaga, Juan Pablo Montaño y Lizet Macías. Diciembre de 2022

mantenía ocupadas las manos y armaba los cigarros ágilmente con papel de Biblia y hasta higiénico. Era su infaltable homeopatía.

Una tarde, una visita llegó con un mercado como para tres meses: cuchillas de afeitar, pilas, aceite, arequipe, un mercado sin hambre que habían traído Carlos Mario Aguirre y Cristina Toro para el amado poeta. Eran los tiempos de los primeros vuelos del Águila Descalza. Ese día lo vi sonreír, asombrado de tanta generosidad, pero el hambre de Darío era espiritual y no física.

“Llegar a cero, ceremoniosamente” es una de las frases finales de alguno de sus poemas y quizá obedeció el designio, sostuvo durante su vida una forma de ser poeta y por ello puede decirse que fue uno de los auténticos nadaístas. Vivir a la contraria, no trabajar, como poeta vivía muy ocupado. Sus gestos develaban cierto cansancio y una enorme decepción del mundo agitado y ciego. Sus poemas llenos de enanos, de niños minados en guerra bajo la pirotecnia de la cohetería y de

papagayos bebiendo maracuyá caliente; su contundencia al decir que su obra era su vida y que lo demás eran papelitos, siguen siendo el recuerdo revelador de una vida única.

Algo en él se agitaba más allá de la turbulencia y de ese desdén, Darío murió la noche del 15 de abril de 1987, solitario, en Santa Elena, con dos jóvenes que lo acompañaron y lo vieron morir. “La muerte tiene un ritmo y no logro cogerle el tiro a esto... no hay nada... no hay nada, pobres güevones, no saben lo que les espera”, decía en su agonía, como si se hubiera enfrentado a la muerte, a esa nada de ojos abiertos. Un viento se lo llevó como a los poemas que no pudo detener y que se le escaparon de las manos. Pocos viven bajo el mandato de ser solo eso, poetas, y Darío fue eso, rara avis.

Gisela Posada Mejía es Comunicadora Social-Periodista. Es la Líder del Programa Cultura Centro de la Universidad de Antioquia. Este texto fue publicado en *Universo Centro*, en el número 88 de julio de 2017.